
Pliego suelto de la colmena

Entrega No.13 Revista de la U.A.E.M. ene-feb-mar 1997

Carlos Pellicer



Cien líneas para ti

Esta noche se me ha ido como un barco
que se enciende y se apaga
pensando en Bolívar.
Durante el día estuve en su casa y en su tumba.
La noche se me volvió codos en una ventana
desde una colina.
Y desde la altura desnuda
y con la historia hecha trizas,
miré destruirse el tiempo y elaborarse el espacio
en pleno ejercicio espiritual de Bolívar.

El día anterior recogí una hoja
del árbol gigantesco que fue el samán de Güere,
y al volver a Caracas me deshojé en tristezas y alegrías
por lo que hay ahora y por lo que también no tiene.
La noche se me iba
como un barco que se apaga y se enciende
y en cuya lista de pasajeros la tempestad se hacía pasar
como una rosa oscura bajo el puente.
El viaje se ahonda como una pintura
que se transformara mágicamente en un aguafuerte.

Como el anuncio de un ideal maravilloso, la palabra Bolívar
en mi horizonte se enciende y se apaga,
y en el parpadeo de siglo y medio
mi corazón trabaja
impulsado por el gas
saludable y antiguo de la esperanza,
pero unas nubes que de pronto empiezan a ocultarme el cielo
me hieren el hígado que como un vaso oscuro
desapaciblemente se derrama.

¿Por qué hay todavía en mi América
tantos vendepatrias? ¿Somoza, Trujillo?
¿Y tantos que no tienen nombre resonante?
¿Por qué en lugar de tantas liras
no tenemos más espadas
para acabar con todo lo que hay en nosotros mismos
de cómplices de la miseria y de asesinos de la esperanza?
¿Por qué el que canta
mejor no habla?
¿Por qué tener escondidas las palabras
como si viviéramos solamente de noche
y pasáramos el día en la cama
acariciando un hermoso cuerpo
y devorando ésta y aquella otra manzana?

La hiel goteaba sobre el reló cada vez más negro
y en su viaje la soledad lícitamente se poblaba.
Empiezo a sentir la alegría
de quien a todas horas ama,
desde la raíz que no se ve
hasta el sol del que soy
la partícula más pequeña de su llama.

Hace doce años en las soledades estruendosas del Caroní
motoricé industrialmente mi esperanza,
y en todo escuché el pensamiento de Bolívar,
que de todas nuestras voces
es la más justa, la más hermosa y la más clara.
¿Pero hasta cuándo nosotros seremos como nosotros mismos
como él, que quiso que fuéramos
justos, bellos y claros como su palabra?

Toda la noche se llena
gloriosa y dolorosamente de Bolívar.
Ayer me quedé unos buenos y largos instantes
en su sepulcral orilla
y tuve la sensación que da la ceiba
cuando el cansancio del viaje nos hace olvidar la vida.
Todos los que como yo somos casi nada
debemos reunir nuestras briznas
y entregarnos a la lucha
contra toda injusticia
para decirnos sería y humildemente a nosotros mismos
que en realidad hemos vivido la vida.

Este poema es como el pan sin levadura:
ayuno de poesía.
Prosa como la soledad del que está solo
porque ha sido un vaso comunicante
sin otra consecuencia que desbordar a todas horas
su alegría.
La noche amenaza con destruir el horizonte;
la tempestad se inicia.
Y aunque no soy sino un poco de tinta
riego con ella
la raíz de este día
en cuya noche sólidamente embarcado
pensé, como siempre,
con toda mi alma,
en Bolívar.

Caracas, 10. de mayo de 1960

